

APRENDIENDO A CRISTO I

Parte 44

“Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús.” (Efesios 4:20-21)

En la lección anterior hablamos de la vanidad de la mente. Pablo termina diciéndoles a los creyentes de Efeso que ellos ya no caminan como el resto de los gentiles, en la vanidad de sus mentes, con el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por causa de la ignorancia que hay en ellos y la dureza de sus corazones. Luego declara que él sabe que ellos no “han aprendido a Cristo de esa manera”. ¿De qué manera? En la vanidad de la mente; estas personas no han aprendido a Cristo en la vanidad de sus mentes.

Es probable que su Biblia diga “...*si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús*”, pero la palabra en griego es “en”. “...y habéis sido **EN** él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús”. No estaría haciendo esta mención si no pensara que la diferencia es significativa. Una cosa es ser enseñados por Cristo, y otra muy diferente, aprender a Cristo habiendo sido enseñados **EN** Él.

Este versículo y los dos siguientes, en mi opinión, son los que hacen la declaración de transformación más clara en toda la Biblia. Este es el corazón de lo que significa ser conformados a la imagen de Cristo. Por lo tanto, es imperativo que le permitamos al Señor que nos muestre de qué está hablando, y más importante aún, que experimentemos esta realidad.

Literalmente, todo el crecimiento espiritual, el propósito y la realidad tienen que ver con esta pequeña frase del versículo 20 “aprender a Cristo”. Pablo quiere que entendamos algo acerca de esta frase. Quiere que nos demos cuenta que aprender a Cristo es imposible en la vanidad de nuestra mente. Quiere que antes de que nos dediquemos a recorrer un camino sin salida, dejemos de estudiar, memorizar y aplicar a Cristo y Sus enseñanzas. Así no es como un alma aprende a Cristo.

Antes de tratar de describir lo que involucra aprender a Cristo, usualmente encuentro útil decir algunas cosas acerca de lo que **NO** significa aprender a Cristo. Y puesto que no hay nadie a quien yo conozca mejor que a mí mismo, a menudo me gusta usar mi vida como ejemplo de ignorancia. La mayor parte de mi vida como cristiano me había interesado la genuina transformación del corazón, había querido aprender a Cristo. Pero, al mismo

tiempo, no sabía qué era eso y cómo funcionaba. Probablemente era muy rápido en suponer que estaba sucediendo en mí cuando me emocionaba por algo en la Biblia, deseaba seguir a Dios, trabajaba duro en el ministerio, aprendía algo nuevo de la Biblia, dones del Espíritu, profecía o lo que fuera.

Verá, la idea en mi cabeza era que Dios iba a reunirse conmigo durante la oración y el ayuno. Que me iba a acompañar durante el ministerio, a colmarme de amor, a ungirme para enseñar y sanar, y a darme el entendimiento correcto de las Escrituras. Yo lo estaba buscando de todas esas formas, estaba buscando aprender a Cristo así. Y debido a eso, y no porque fuera impulsado por las obras de la religión, serví, oré, ayuné y estudié. Di mi tiempo, energía y corazón a lo que creía que me podría en Su camino. Pensé que llegaría a conocer al Señor conforme me encontraba con Él día a día mientras oraba, servía y estudiaba. Creo que la mayoría de la gente hace la misma suposición.

Tal vez usted esté pensado: “Y, ¿qué hay de malo en eso?” Bueno, no hay nada inherentemente malo en la oración, servicio o estudio, yo sigo haciéndolo. Lo malo es la idea de que Dios es algo externo a nosotros y que se nos aproxima y nos instruye a través de palabras, lecciones, encuentros y ministerio. Lo malo era que yo buscaba conocer a Dios de cualquier manera, y no mediante la única manera en la que Él debe ser conocido para que el corazón sea cambiado. Yo no sabía qué significaba eso, ni había tenido a alguien que me lo explicara (excepto las páginas de la Biblia que yo malentendía). Yo necesitaba conocer a Cristo como mi vida; esa era una realidad ajena.

Esa era una *realidad* ajena...pero desafortunadamente, no era un *concepto* ajeno. Digo esto porque me habría gustado que hubiera sido un concepto ajeno...tal vez entonces lo hubiera tomado en serio cuando me encontraba en la Biblia. Parte de mi problema era que yo estaba familiarizado con el concepto de Cristo como mi vida. Estaba familiarizado con el concepto de Cristo viviendo en mí. En una prueba de falso y verdadero, probablemente, habría puntuado igual entonces que ahora, pero aprender a Cristo, no tiene nada que ver con falso y verdadero.

Le había dado gracias como mi Salvador, adorado como mi Esposo y temido como mi Rey, pero no lo había aprendido como mi vida; honestamente, ni siquiera sabía qué significaba eso. Más tarde me di cuenta de que no entendía nada de lo que significa para Él ser Salvador, Esposo y Rey, hasta que empecé a ver todo esto en relación al hecho de que Él era mi vida. Él es mi Salvador porque es mi vida. Él es mi Esposo porque “el que se une al Señor un Espíritu es”. Él es mi Rey porque reina en mi alma, lleva cautivo todo lo que es contrario a Él, castiga la desobediencia, conforma mi alma a Sí mismo. Jesús es muchas cosas para usted y para mí, pero es muchas cosas para nosotros sólo porque Él es nuestra vida. Él tiene muchos títulos, pero cada uno corresponde a una experiencia interna de la vida resucitada de Cristo.

Él no es su Rey porque le dice qué hacer después de la cena, no funciona así. Él no es su Salvador porque le abrió una puerta para ir al cielo; no, esa es una perspectiva muy superficial. Él no es su Esposo porque está esperando casarse con Él en el cielo. Todos estos malos entendidos surgen del mal entendido básico acerca de la naturaleza de nuestra relación con Cristo. La realidad fundamental debajo de todas las otras...es el hecho de que usted ha muerto, que ya no es usted el que vive, que es Cristo quien vive en usted. Sólo en este contexto o en esta realidad el Espíritu de Dios hace que Rey, Esposo, Salvador, Juez, Señor, etc. tenga sentido. Todo esto dejará de ser algo externo como estudiar, y se volverá algo interno para comprender, conforme lo encaremos a Él en estos roles. Nuestra alma debe encararlo en todo lo que Él es, y así será, si lo conocemos como nuestra vida.

¿Qué es aprender a Cristo? ¿Qué significa conocerlo a Él? El siguiente versículo lo dice mejor que lo que yo podría, aún así, necesita ser explicado. Y necesita ser explicado, no sólo porque ha sido mal traducido en nuestras Biblias, como ya hemos visto, sino porque ha sido malinterpretado por la mente natural. Veamos la manera en que Pablo lo dice: “... *si en verdad le habéis oído, y habéis sido por en él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús*”.

Aprender a Cristo no sucede cuando lo de Cristo nos es mostrado desde afuera, sino cuando Él se revela a Sí mismo desde adentro. Usted tiene que entender algo acerca de Cristo. Pablo dice una y otra vez que Él ya está viviendo en nuestra alma. A los cristianos les gusta esto *como una idea*, pero usualmente llegamos hasta ahí. De vez en cuando decimos: “Yo lo siento a Él”, o de tiempo en tiempo: “Dios me dio una idea”. Lo cierto es, que no sabemos qué hacer con el hecho de que las Escrituras nos dicen, una y otra vez, que el Dios vivo reside en el alma de la humanidad redimida.

Por lo tanto, cuando enseñamos de Él, enseñamos acerca de Él como el hombre que caminó por Judea. ¡Eso nos resulta fácil de imaginar! Podemos visualizar a Jesús con una barba y sandalias caminando por los caminos y diciendo palabras. O, cuando enseñamos de Él, hablamos acerca de Él en un lugar llamado cielo, gobernando con un cetro de hierro y cabalgando un caballo blanco. ¡Esto también nos resulta fácil de imaginar! Todas esas son imágenes que la mente natural puede evocar muy fácilmente, pero ¿quién puede imaginar al Hijo resucitado de Dios residiendo en el alma del hombre y mostrándose a Sí mismo a través del arribo de la luz espiritual? ¿Quién puede imaginar eso? ¡Nadie! Y aún cuando las Escrituras describen esto, lo ignoramos, nos apegamos a la barba, las sandalias, el caballo blanco y las puertas de perlas. Encontramos eso mucho más fácil de entender y mucho más interesante de predicar.

Usted puede preguntar: “¿Adónde describen las Escrituras a Cristo de esta manera?” Oh, amigo, en todo lugar donde se le menciona en las cartas de Pablo, Juan y Pedro. Él es la Luz de la Vida que ilumina a todo hombre. La “luz que resplandece en nuestros corazones para darnos la luz del conocimiento de Dios en la faz de Jesucristo”. El “día que despunta y el lucero de la mañana que aparece en nuestros corazones”. El “espejo en el que vemos

la gloria de Dios y somos transformados” conforme nuestro corazón se vuelve al Señor y el velo es removido. Cuando Cristo nuestra vida es revelado y nosotros somos revelados juntamente con Él en gloria.

Aprender a Cristo sucede cuando el alma del hombre se familiariza profundamente con la nueva vida que reside en su interior. Previo al nuevo nacimiento éramos sólo nosotros. Usted y yo estábamos muertos en delitos y pecados, sin Dios y sin esperanza en el mundo, pero el nuevo nacimiento es exactamente eso, un nuevo nacimiento, otra Vida. No, un mejor yo o un mejor usted, sino otra Vida, otra Simiente, algo completamente nuevo. Esa Simiente, ese Hijo, literalmente vive en nosotros como la única vida que está en nosotros. Antes de Él, usted y yo éramos seres vivos, pero no teníamos vida. Éramos organismos biológicos con un alma eterna, pero no teníamos vida. No teníamos nada de Vida porque la Vida es propiedad de Dios. La única razón por la que tenemos vida, NO es porque Dios nos dio algo, sino porque Él vive en nosotros. Eso es, precisamente, el nuevo nacimiento. Nacimos del Espíritu al participar de Él. Por eso, a veces soy detallista acerca de la traducción de Juan 3. Literalmente dice: “A menos que nazcas de arriba, no verás el reino de Dios”. No dice: “A menos que nazcas de nuevo”.

Independientemente de las palabras, nuestra alma fue hecha partícipe del eterno Espíritu de Dios. Ahora bien, ¿cree usted que su recién creada alma e irremediamente ignorante sabe algo de la Vida eterna, a la que acaba de hacerlo partícipe de Su hogar corporativo? Dios es Dios. Dios es eterno y conoce todas las cosas espirituales. Él es todas las cosas espirituales y ha creado todas las cosas naturales para que lleven Su reflejo. ¿Cuánto de esto, cuánto supone usted que conoce su alma de Dios cuando nace de Su Espíritu, cuando nace de arriba? Yo responderé por usted. Su alma no sabe absolutamente nada, no sabe ni una sola cosa cuando nace de nuevo, salvo la consciencia de su necesidad y la consciencia de la provisión de Dios. Todos los que han nacido de nuevo tienen sólo esa medida de entendimiento para comenzar.

En realidad no importa si usted nació de nuevo después de ser un estudioso de la Biblia por 49 años. Eso no le da ninguna ventaja para aprender la Vida que nunca ha experimentado antes. Eso no le da ventaja para ver el reino en el que ha nacido. Es triste que pensemos que sí. Usted podría nacer de nuevo hoy, después de haber terminado de memorizar toda la Biblia ayer, y aún así, no tendría ventaja inherente sobre un ignorante, iletrado o niño.

No piense ni por un minuto que esto se trata de cerebro. El cerebro sólo es bueno para las cosas naturales. Me alegra tener cerebro. Me parece muy útil para la mayoría de mis esfuerzos naturales, pero también me parece que a menudo se interpone en el camino de mis esfuerzos espirituales. No tiene por qué, pero de cierta manera es divertido pensar que el cerebro puede conocer la realidad espiritual, cuando dicha realidad es depositada directamente en el alma por el Espíritu de Cristo. Cuando se trata de conocer a Cristo lo que vemos primero aparece en el alma y luego tiene sentido en la mente.

En todo caso, le estaba preguntando cuánto piensa usted que conoce de la vida eterna de Dios que reside en su alma después de nacer de nuevo. Y la respuesta es que usted virtualmente no conoce nada. ¡Si pudiéramos aceptar esto! ¡Si no sustituyéramos el conocimiento de Dios con el conocimiento acerca de Dios! El conocimiento acerca de Dios es algo que nos llega del exterior. No sólo me refiero a conocimiento de libros, estoy hablando de experiencias, dirección, encuentros de poder, milagros, leer, escuchar... a menos que la fe venga por el oír. Es posible que con todo esto el corazón se vuelva a ver al Señor donde Él está y lo conozca como la vida, pero ninguna de estas cosas en sí mismas es la manera en que el alma aprende a Cristo.

Aprender a Cristo no sucede por esfuerzo, diligencia, disciplina, estudio o experiencia, aprender a Cristo sucede en la Luz de Su manifestación. Sucede cuando se le permite al Espíritu que está en nosotros brillar en la oscuridad de nuestra alma humana. Dibuje tres círculos concéntricos. El cuerpo es el círculo de más afuera, el alma el siguiente y Cristo el de más adentro. Nada de afuera, nada de lo que pasa afuera, ni siquiera las experiencias de Dios en el ámbito natural van a enseñarnos a Cristo. Conocer a Cristo es cuando el alma le permite al círculo de más adentro, el cual es Cristo, brillar, conquistar y consumir el segundo círculo. Conocer a Cristo es cuando la Vida que está en nosotros se enseña a Sí misma al alma a través de la manifestación del Señor.

Por eso, a menudo insisto en que la verdad no es algo que usted o yo leemos y luego nos aplicamos. Eso en realidad no resulta en nada. Ese tipo de aplicación es como cubrir con una mano de pintura algo. Puede que cubra un poco, pero no cambia nada. Usted no puede aplicar la verdad a su vida, primero, porque no le queda vida en donde aplicarla, y segundo, porque lo único que en realidad transforma su alma, es que sea llenada, literalmente, de la luz de la vida de Cristo. No obstante, decimos: “Y entonces, ¿por qué no sucede todo el tiempo? ¡Si todo lo que debe suceder es que la luz brille en mi alma, hagámoslo!” Es que no es tan simple. Bueno...en realidad, sí es así de simple, pero no funciona bien, o muy a menudo, cuando estamos viendo en otra dirección y cuando nos protegemos de la luz al escondernos en las tinieblas.

Con frecuencia hablamos de ver al Señor, como si *al fin* Dios hubiera querido revelar a Su Hijo en nosotros. O, como si *al fin* hubiera querido dejarnos ver esto o aquello. O, como si Él *al fin* hubiera querido darnos la luz para entender. Aunque una forma de decir esto más precisamente sería: “Al fin permití la Luz. Al fin le permití al Señor brillar en mis tinieblas y destruir algunas imaginaciones. Al fin le abrí una parte de mi alma para que Él se manifestara”. Suena mejor de la otra manera, porque así la responsabilidad sería de Él.

Nosotros preferimos aprender qué dijo Él, adónde fue, cómo murió, cómo se levantó, y luego agregar nuestras suposiciones acerca de lo que Él hará un día y como podría ser encontrarlo. Todo eso puede ser muy emocionante, dependiendo de la persona que lo presente, pero lo más importante es, que todo eso se puede lograr en la mente sin ningún

costo para el alma. Sin embargo, así no se conoce a Cristo. Cristo es conocido, Cristo es aprendido por el alma cuando lo que está en ella es sustituido. El costo de conocer a Cristo, tal como lo dijo Jesús, es perder nuestra vida. No es la aniquilación del alma, sino la eliminación en ella del género, creación y pacto que quedó corto de la gloria de Dios.

Si usted quiere conocer a Dios, si usted quiere aprender a Cristo, le va a costar lo que usted llama “vida”. No hay forma de evitar esto.

Cristo está en usted y usted está en Cristo. Independientemente de que los ojos de su corazón hayan visto mucho o poco de esta realidad, sigue siendo la vida, el lugar y la verdad de todo aquel que es creyente. Usted está en Él, ha sido vivificado, levantado y sentado juntamente con Él en el cielo. El cielo es el ámbito espiritual de la vida y de la realidad tal como está en Cristo. Su cuerpo está en la tierra, su alma, literalmente, está en el cielo. Usted ha muerto y su vida está escondida con Cristo en Dios. ¡Esto está consumado! Y debido a esto, para usted los días de escuchar *acerca* de Él han llegado a su fin. Para usted hay un oírlo a Él. No me refiero a oír palabras de Él, sino a oírlo a Él. No me refiero a Dios tronando desde el cielo diciéndole algo en español, sino a Dios tronando desde el ámbito y realidad espiritual donde Él ha llevado su alma y hablándole en Hijo.

Hebreos 1:1-2, *“Dios, habiendo hablado hace mucho tiempo, en muchas ocasiones y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado en su Hijo...”*

“...nos ha hablado en su Hijo”. De esto estoy hablando. Esto es oírlo a Él. No con los oídos en su cabeza ni tampoco con su mente, sino oírlo a Él hablar desde el cielo, mostrándole qué y dónde está usted ahora. Mostrándole el ámbito y la realidad de la Vida de Cristo en la que usted está.

Hebreos 12:22-25, *“Vosotros, en cambio, os habéis acercado al monte Sion y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miríadas de ángeles, a la asamblea general e iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos, y a Dios, el Juez de todos, y a los espíritus de los justos hechos ya perfectos, y a Jesús, el mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la sangre de Abel. Mirad que no rechazéis al que habla. Porque si aquéllos no escaparon cuando rechazaron al que les amonestó sobre la tierra, mucho menos escaparemos nosotros si nos apartamos de aquel que nos amonesta desde el cielo”*.

Él ya habló en la tierra. Él habló en formas terrenales y con palabras terrenales, en una multitud de tipos, sombras, profecías y cuadros. Él ya habló de esta manera a los oídos y ojos del hombre natural. Les habló de varias maneras a los padres, PERO AHORA HABLA EN HIJO. La única pregunta para nuestros corazones es, ¿hemos oído ESA Palabra? Todos hemos oído las palabras, pero ¿hemos oído la Palabra que Él habla en

Hijo? ¿Hemos oído la Palabra que viene desde los cielos o estamos rechazando al que habla? ¿Estamos buscando palabras, leyes, normas y religión, o estamos buscando oírlo a Él y ser enseñados en Él “*conforme a la verdad que está en Jesús*”?

¿Recuerda lo que dije en la lección anterior? No podemos separar algo que es Cristo de Cristo. No podemos hacerlo, aún así, siempre lo intentamos. Le di el ejemplo de la justicia. Muchos de nosotros estamos tratando de descifrar cómo ser justos ahora que somos cristianos. ¡Esto no tiene ningún sentido! No podemos separar la justicia de Cristo. Cristo, nuestra vida, es la justicia. Y la justicia obra en nosotros en la medida que Cristo obra en nosotros.

Hacemos eso con un propósito. ¿Cuál? “¿Alguien puede ponerme en contacto con un profeta para que yo pueda descubrir cuál es mi propósito en la vida, en el trabajo, en la iglesia?” NO. No podemos separar el propósito del que es el propósito de Dios. Cristo obrando en nosotros, Cristo siendo conocido y formado en el alma... ESE ES NUESTRO PROPÓSITO. Nunca será algo que hagamos, aprendamos o enseñemos, esas cosas pueden o no ser motivadas por el propósito, pero ni una sola de ellas jamás será nuestro propósito.

Tratamos de hacer esto con el concepto de recompensa o herencia. “Oh, no puedo esperar hasta que Jesús me dé mi herencia”. ¿Cómo podría Él darnos algo mejor que Él? No podemos separar la herencia de Aquel que es la herencia de nuestra alma. Él no nos va a dar una recompensa, Él es la recompensa. Él no nos va a dar una corona de vida, Él es la corona de vida.

Podemos hacerlo con las buenas obras. “Jesús, dime qué cosas buenas puedo hacer. Dime qué puedo hacer que sea considerado buen fruto”. Lo hacemos una y otra vez. El fruto es el incremento de la semilla y nada más. Nada más en o alrededor de la planta se considera fruto. Si yo le entregara un disco volador que quedó atorado en un árbol de manzana y le dijera: “Tome, disfrute la fruta”. Usted pensaría que yo estoy loco. ¿Por qué? Porque yo no puedo separar el fruto del incremento de la semilla. Un disco volador no es el incremento de la semilla, no importa cuán cerca de una manzana lo haya encontrado.

Sucede lo mismo con la verdad. La verdad no es algo que Jesús nos va a enseñar. La verdad es Jesús enseñado a nosotros. La verdad es la aparición de Cristo como la vida de nuestra alma y nada más. Jesús no está tratando de enseñarnos la verdad como una cosa, no está tratando de hacernos entender versículos bíblicos y darnos libros que son ciertos. Él está buscando revelarse a Sí mismo a nuestra alma para que podamos verlo, conocerlo y permanecer en Él. No en la insensatez y vanidad de la mente natural, sino en la revelación del Cristo vivo. No en la mejor estimación sistematizada humana, sino en la Luz de la vida que nos es mostrada como el lugar donde estamos. La Palabra de Dios habla desde el cielo, adónde hemos sido levantados y sentados. Entonces, la verdad conforme está en Cristo, se vuelve la verdad según está en nuestra alma.